

DIÁLOGOS ENTRE SOMBRAS Y HUESOS: UNA LECTURA
CONTRASTIVA ENTRE EL *DIÁLOGO ENTRE ATAHUALPA
Y FERNANDO VII EN LOS CAMPOS ELÍSEOS* (1809), DE
BERNARDO DE MONTEAGUDO Y *MONTEAGUDO. ANATOMÍA
DE UNA REVOLUCIÓN* (2016), DE MARCOS ROSENZVAIG

*Dialogues Between Shadows and Bones. A Contrastive Reading
of Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos
(1809), by Bernardo de Monteagudo y Monteagudo. Anatomía
de una revolución (2016), by Marcos Resenzvaig*

BETINA SANDRA CAMPUZANO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE SALTA (Argentina)
betinacampuzano@gmail.com

Resumen: si Bernardo de Monteagudo es un letrado de la emancipación que, desde Chuquisaca en 1809, escribe una lectura teatralizada entre dos personajes ahistóricos, el dramaturgo tucumano Marcos Rosenzvaig en 2016 escribe otro diálogo ficcional entre los restos de Monteagudo y el médico forense casi un siglo después de su asesinato en Lima. Si en el *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII...* confluyen neoclasicismo e incaísmo para contribuir al clima emancipatorio, la voz del revolucionario se actualiza en la novela reciente en el marco del Bicentenario de la Declaración de la Independencia argentina, para hablar de un proyecto de nación criolla aún revuelto y contradictorio en la contemporaneidad.

Palabras clave: Monteagudo, diálogo ficcional, letrado de la emancipación, Bicentenario

Abstract: in 1809, Bernardo de Monteagudo, an intellectual of the emancipation, wrote, in Charcas, a fictional dialogue between two historical leaders. In 2016, in the same way, an intellectual from Tucuman, Marcos Rosenzvaig, wrote another fictional dialogue but, this time, between the Monteagudo's mortal remains and the forensic physician, almost a century after Monteagudo's murder in Lima. If neoclassicism and incaism converge in *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII...* in order to build a climate of emancipation then, the revolutionary voice is updated in Resenzvaig's work in the context of the Bicentennial of the Declaration of Independence of Argentina in order to talk about a project of *creole nation*, which is still unsolved and contradictory in contemporaneity.

Keywords: Monteagudo, Fictional Dialogue, Intellectual of the Emancipation, Bicentennial

Todo era sombras. Yo y usted lo somos

Marcos Rosenzvaig

La novela histórica: visitar épocas pasadas para conocernos hoy

Que se ha incrementado la publicación de novelas históricas durante las últimas décadas en América Latina y que los mundos revisitados por este tipo de ficción sean los violentos y convulsionados escenarios de la Conquista, la Colonia y la Emancipación no resulta una novedad para los estudiosos de un género que, desde el Romanticismo, ha venido mutando y logrando su vigencia tanto en el canon literario como en las estanterías de las novedades editoriales.

Vinculada en un inicio a las problemáticas de los proyectos fundacionales de las naciones americanas que celebran los procesos de mestizaje a fines del siglo XIX, luego a las miradas revisionistas y la búsqueda de versiones alternativas de la historia durante la primera mitad del siglo XX, más tarde a parodias, pastiches, desmitificaciones y procedimientos experimentales propios del *Boom* latinoamericano; la Novela Histórica a lo largo de la historia misma de la literatura se ha convertido, junto con la literatura testimonial y el neopolicial, en una de las tendencias más importantes del desarrollo de la novela hispanoamericana desde los años ochenta hasta la actualidad (Randolph Pope, 2005). Al esbozar un panorama de la novela contemporánea y sugerir el retorno del realismo o lo que podríamos llamar hoy “un giro hacia lo documental”, dice Pope:

La literatura hispanoamericana parece seguir un movimiento semejante desde la subjetividad y autorreflexividad realizadas de las novelas del *Boom* hacia una proximidad tímida y sutil a la objetividad social e histórica de las novelas testimonio y de las históricas pasadas dos décadas después de los años setenta. De manera que la distinción entre ficción y no ficción continúa explorándose y poniéndose en tela de juicio. (303-304)

No resulta una novedad entonces la vigente continuidad de la Novela Histórica y los debates en torno a lo ficcional como tampoco lo constituye sus transformaciones en el sistema literario continental. Cambios que exceden la cuestión procedimental propia de una escritura posmoderna (Lojo, 2013) y que nos permitirían, de algún modo, su inscripción dentro de los nuevos realismos de fines del siglo XX (Horne, 2011).¹

Tampoco resulta novedoso sostener que la Nueva Novela Histórica² advierte una evidente dimensión política y que, a la hora de delinear una definición del género, sea una constante la remisión al pasado mediato, a personajes históricos conocidos y a historias de la cotidianidad como un modo de abordar el tiempo presente. En estos términos lo entiende el premiado autor

¹ A propósito de un corpus textual que incluye novelas brasileñas recientes, Luz Horne entiende que esta vuelta al realismo se halla lejos de las escrituras sólidas decimonónicas, de la verosimilitud clásica y de los narradores omniscientes. El realismo contemporáneo construye un “efecto de lo real”, a partir de procedimientos narrativos más cercanos a una estética vanguardista.

² En adelante, NNH.

y crítico colombiano Pablo Montoya³ quien, con un claro propósito de divulgación —luego de un recorrido por los ineludibles nombres de Walter Scott, José María Heredia, Enrique Anderson Imbert, Amado Alonso, Seymour Menton, Luckács y José Emilio Pacheco—, arriesga una definición propia:

[...] una novela histórica es aquel artefacto narrativo que permite al autor y al lector visitar una época pasada, no importa cuál lejana o cercana sea, con los personajes que existieron o pudieron existir, con los espacios y tiempos que se convierten todos en fenómenos literarios que ayudan a los hombres de hoy a conocerse mejor. (2009: XIII)

Resulta evidente que Montoya atiende al modo en que los mecanismos ficcionales nos permiten bucear en un tiempo histórico y cómo esa experiencia que es poética coadyuva a pensar la contemporaneidad. No se detiene en problemáticas específicas, siempre revisitadas cuando se trata de la Novela Histórica, en relación con los vínculos entre conocimiento histórico y propuesta ficcional. Pareciera que la sola selección de “artefacto narrativo” y “fenómenos literarios” delimitarían la naturaleza del género. El mismo Montoya, posicionándose en su rol de crítico literario, aclara que su propuesta se inscribe dentro del eclecticismo: “Someterse a camisas de fuerza impuestas por teorías especulativas es incómodo” (2009: 13). Del mismo modo, son numerosos los autores que intentan zafarse del corsé genérico escapándose, casi inútilmente, de las clasificaciones de estas narrativas ceñidas a diversos escenarios históricos. Lo cierto es que ello resulta improbable porque, como señala María Rosa Lojo:

Parte del contrato de la novela histórica es la posibilidad de reconocimiento, por parte del lector, de la época (connotada y denotada por grabados, pinturas, acuarelas o ilustraciones varias), y de sus protagonistas, que suelen ser, en la nueva novela histórica latinoamericana y en la argentina en particular, personajes públicos y notorios del pasado nacional. (2013: 54)

Esto es lo que, en un principio, surge al aproximarnos a *Monteagudo. Anatomía de una revolución* (2016), del dramaturgo y novelista tucumano Marcos Rosenzvaig, cuya producción y recepción deben enmarcarse ineludiblemente en las celebraciones del Bicentenario de la Declaración de la Independencia argentina. El título mismo se inscribe dentro del género que nos ocupa, aunque su contratapa y reseñas insistan en el carácter puramente ficcional⁴ del relato de

³ Recordemos que Pablo Montoya es reconocido tanto por su producción literaria, cuyo exponente más galardonado ha sido *Tríptico de la infamia* (2014), que recibió el Premio Rómulo Gallegos, como por su sistematización crítica de la novela histórica colombiana en *Novela Histórica en Colombia 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso* (2009).

⁴ La contraportada dice: “Desde la pura invención, Marcos Rosenzvaig crea un vínculo entre el médico y los huesos de Monteagudo, que son la voz del revolucionario. La novela se construye a partir del diario íntimo del forense, en cuyo relato se filtran las palabras del patriota”. En reseñas y entrevistas aparecidas en el diario *Clarín* y en *La Gaceta Tucumán* no hay clasificaciones genéricas de la novela, aunque sí se insiste en las fuentes consultadas por el autor.

un diálogo entre los restos del revolucionario Bernardo de Monteagudo, asesinado en Lima en 1825, y el médico forense que, casi un siglo después, en 1917, los recibe en Argentina para realizar su autopsia. Cabe mencionar que tales hechos — el arribo de los restos del revolucionario a Buenos Aires y la autopsia— sí están documentados y han sido el cimiento para el relato novelado.⁵ Sin duda, el encuentro que da pie a la extensa y ficticia charla remite a otro también anacrónico diálogo: el que sucede entre Atahualpa y el Rey Fernando VII, relato teatralizado que escribiera el también tucumano Bernardo de Monteagudo en 1809, en Chuquisaca, durante la efervescencia independentista, lo cual indudablemente lo ha reputado como letrado de la emancipación.

Entonces, cabe preguntarnos cuál podría ser la novedad al aproximarnos a una publicación reciente que se remite al tiempo de las luchas independentistas a principios del siglo XIX; que desmitifica la figura de un héroe casi olvidado sostenido por la monarquía incaica y que era sospechoso por su supuesta ascendencia afroamericana; que no declara su inscripción en el género NNH, sino que se define a sí misma como “pura invención” durante el nuevo milenio.

Sin duda, el marco en el que se produce esta novela, de evidente parentesco con la dramaturgia, nos señala el camino a seguir: se trata de redefinir una nueva mirada sobre el pasado nacional reciente que, en el marco del Bicentenario de la Independencia, se interroga acerca de los procesos de inclusión de otros sectores subalternos en la conformación de una nación que, desde el proyecto decimonónico, se asienta en el prestigio criollo. Pienso, por ejemplo, en la inquietud por averiguar la ascendencia étnica del líder revolucionario como también en la insistencia por determinar la posición de los extranjeros y los bolcheviques durante el Centenario de la Independencia, tiempo presente en el que se realiza la autopsia; interrogantes que nos evocan los debates de este principio del siglo XXI.

Quizá por ello la novela contemporánea retome la menoscabada figura de Monteagudo,⁶ de presunta ascendencia afro, quien sostenía la reivindicación de la tradición incaica y combatía los privilegios de los sectores de la elite, propósitos bien delimitados en el diálogo entre sombras de 1809. En este sentido, me interesa abordar los textos de 1809 y de 2016 a partir del método comparativo contrastivo, propuesto por el grupo de latinoamericanistas reunidos en Campinas, durante los años ochenta, y delineado en el imprescindible libro *La literatura latinoamericana como proceso* (1984), de Ana Pizarro. Este nos sugiere la relevancia de poner en diálogo textos que corresponden a diferentes sistemas literarios, a distintas temporalidades, a

⁵ Dice Nicolás Munilla en una reseña publicada en un medio digital a propósito de la publicación reciente del libro: “A pesar de que no efectúa una reconstrucción fidedigna de la historia, Rosenzweig toma muchos elementos históricos reales, tanto de Monteagudo como de la autopsia que se le practicó casi un siglo después, y crea una narración que, además de visibilizar la vida y obra del revolucionario, se introduce en hondas reflexiones sobre la muerte, el amor, los prejuicios, ideales y las guerras de independencia hispanoamericanas, entre otras” (2016: en línea).

⁶ Cabe mencionar que, además de la novela que nos compete, en 2010 se publicó *La venganza de los patriotas*, de Miguel Bonasso, que entre la épica y el policial, y a partir del asesinato de Monteagudo y el accionar de San Martín y de Bolívar, reconstruye la gesta decimonónica.

distintos sectores y distintas formas de plasmación dentro del plural sistema literario continental.

Las sombras que hablan

Miguel Rojas Mix indica que la cultura hispanoamericana decimonónica se produce en una dialéctica de asimilación e innovación, en la que se superponen una cultura hispánica colonial y dominante, una cultura marginal compuesta por elementos indígenas y afroamericanos y nuevos elementos provenientes de las culturas francesa e inglesa. El nacimiento de las identidades nacionales o de aquellas “comunidades imaginadas”, como las ha llamado Benedict Anderson, que permite el pasaje de una cultura colonial a una hispanoamericana, germina entre las fuerzas de viejos y nuevos fundamentos. Por ello, Rojas Mix propone pensar en plural y hablar de “culturas hispanoamericanas” en el siglo XIX, pues múltiples son las visiones de mundo que, al yuxtaponerse, delinear las tendencias epocales: la valoración del pasado, la cuestión de una identidad continental o “americanista” y la cuestión de las identidades nacionales.

De otra parte, José Luis Romero señala que no debe interpretarse el proceso emancipatorio americano como un aspecto de la crisis de transformación europea y que, si bien los intelectuales de la elite criolla abrevaron el pensamiento político de la tradición europea, serán la experiencia americana y las situaciones locales las que traduzcan y transmuten las ideas y las coyunturas metropolitanas. La experiencia del mundo colonial ha forjado, desde la Conquista misma, una nueva y peculiar concepción de la vida: se trata de “ideas vividas” con sentimientos y acepciones que resultaron irreductibles. Por eso, advierte Romero, “la historia latinoamericana de los tiempos que siguieron a la Emancipación parece un juego difícilmente inteligible, una constante contradicción en el seno de la realidad institucionalizada según modelos difícilmente adaptables” (1977: 10).

Quizás esta pluralidad de culturas enfrentadas y superpuestas en el proyecto de una identidad continental unificada y diversa —esto es, el sueño bolivariano de la “patria grande”—, y esta anómala traducción colonial de las ideas iluministas europeas y sus ilegibles repercusiones a lo largo de la historia, sean las constantes que aparecen en el *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII...* Luego se resignifican en los planteos subyacentes en *Monteagudo. Anatomía de una revolución* en la contemporaneidad.

Aquellas preocupaciones delineadas de distinto modo y con distinto espesor en ambos diálogos, el de 1809 y el de 2016, quizás estén dando cuenta de cómo los modelos e ideas metropolitanas, traducidos por la experiencia americana, sólo imprimieron confusión, y su expresión ha sido tanto el enfrentamiento entre sectores que poseen diferentes ambiciones como las controversias constitucionales sucedidas a lo largo de la historia. Y el resultado, por consiguiente, quedó impreso en las décadas posteriores al movimiento

emancipatorio, durante la conformación de los Estados, y por supuesto tiene sus consecuentes repercusiones en el convulsionado presente.⁷

Bernardo de Monteagudo (1789-1825) ha sido, sin duda, uno de los principales propagadores de las ideas emancipatorias, aunque —como advierten los novelistas contemporáneos y la crítica literaria que retoman su figura— sea también una de las figuras más relegadas por la historiografía.⁸ Sabemos de su postura jacobina, de su cercanía ideológica con Juan José Castelli y Mariano Moreno, de su formación en Derecho y su participación en la sublevación de Chuquisaca en 1809, de su participación en las campañas libertadoras de Chile y Perú, de su trayectoria junto a Pueyrredón, Alvear, San Martín y su acercamiento posterior a Bolívar.

La relevancia de su escritura que conserva el tono de la prédica, característico del discurso revolucionario, como señala Elena Altuna, reside en el “dinamismo de un pensamiento que enraíza en el campo de la historia y la filosofía clásicas, pero que fructifica en la observación de los sucesos puntuales y en la marcha vertiginosa del proceso emancipatorio” (2004: 341). Es decir, su notabilidad radica, justamente, en aproximarnos al pensamiento de la emancipación americana, a los agentes sociales involucrados en la empresa y a una apuesta por el prestigio y el poder de la escritura. De allí que Bernardo de Monteagudo se consagre como un letrado de la emancipación que desde las aulas agitaba el involucramiento de los otros sectores sociales.

Altuna explica el carácter fundacional del *Diálogo entre Fernando VII y Atahualpa en los Campos Elíseos*, texto que marca el inicio de la carrera política de Monteagudo cuando cursaba leyes en Charcas. Circuló en copias manuscritas entre estudiantes universitarios y revolucionarios: se leyó de modo teatral entre los miembros de la Academia Carolina y daba cuenta del clima revolucionario por medio de argumentos propios de la Ilustración que, revisitando el pasado clásico y el incaico, sostenían el fin de la dependencia colonial.

El diálogo, género didáctico y ensayístico, permite el cuestionamiento y la reflexión de problemáticas contemporáneas al reunir, en el caso de Monteagudo, la voz y la letra, los personajes y el público, la oratoria y la teatralización, tal como advierte Altuna. Se trata de un género propio de la estética neoclasicista que recupera la tradición clásica de la reflexión política, lo cual nos recuerda a Cicerón. Por su parte, Nilda Flawiá inscribe el escrito de Monteagudo, junto con otras producciones del periodo, dentro del género utópico: “La utopía de una sociedad libre políticamente y en estado de gestación,

⁷ “Con estas salvedades debe entenderse el contenido de la casi totalidad del pensamiento escrito de los hombres de la Emancipación. Expresó un conjunto de modelos preconcebidos para una realidad que se supuso inalterable, pero que empezó a transformarse en el mismo instante en que ese pensamiento fue formulado. Eran modelos que tenían un pasado claro y conocido, pero que tuvieron un futuro incierto y confuso” (Romero, 1977: 11).

⁸ Así lo enuncia Rosenzvaig en una entrevista para *Télam*: “—¿Por qué le interesó? ¿Qué le llamó más la atención de su ideario revolucionario? —Por tucumano, por no provenir de una familia patricia, por ser el único hijo vivo entre diez hermanos muertos y, por, sobre todo, porque la historia no le dio el lugar que merecía” (Cordeu, 2016). También así lo sugiere Elena Altuna cuando afirma: “La importancia de esta polémica figura aparece, sin embargo, algo opacada frente a la de otros actores del momento, cuyo estatuto de ‘héroes’ seguramente incide en la consideración de este difusor de la independencia” (2004: 341).

que permitiría organizarla sin los vicios europeos está casi al alcance de la mano de los revolucionarios de mayo [...] Las tensiones utópicas se manifiestan en encendidos programas que la realidad no siempre cumple” (2009: 130).

Resulta novedoso el aporte crítico de Elena Altuna, quien considera que el diálogo de sombras puede ser una de las caletas de las *literaturas heterogéneas*⁹ en la coyuntura independentista, pues reúne aportes del neoclasicismo y del incaísmo; a lo que podríamos agregar, recordando la propuesta de Miguel Rojas Mix y José Luis Romero, los evidentes aportes del pensamiento de la Ilustración y el conocimiento sobre los eventos ocurridos en Estados Unidos en 1776 y en Francia en 1789, que también están funcionando en el escrito emancipatorio. Entonces, por un lado, hallamos elementos propios del neoclasicismo (la elección del género “diálogo”), imágenes grecolatinas (el escenario de los Campos Elíseos o la remisión a la figura de Eneas que, al descender a los infiernos, conversa con familiares) o el registro político. Así, puede verse desde el inicio mismo del diálogo:

En cosa de trescientos años que las delicias disfruto de estos Campos Elíseos, nunca deja la memoria de mis trágicos sucesos de atormentarme algún tanto. Mas hacia mí se encamina un hombre que según signos parece ser español, y quiero, por si llega recién, llamarlo a preguntarle lo que en mi tierra pasa [...]

I: —¿No es cierto, di, Ferdinando, que siendo la base y único firme sustentáculo de una legión y bien fundada soberanía, la libre, espontánea y deliberada voluntad de los pueblos en la cesión de sus derechos, el que, atropellado este sagrado principio, consiguiese subyugar una nación y ascender al trono sin haber subido por este sagrado escalón, será en vez de Rey un tirano a quien las naciones le darán el nombre de usurpador? (1977: 64-65)

El discurso de la Ilustración aparece en la resignificación que el Inca Atahualpa realiza del pensamiento de Rousseau cuando dice:

[...] desde el mismo instante en que un monarca, piloto adormecido en el regazo del ocio o del interés, nada mira por el bien de sus vasallos, faltando él a sus deberes, ha roto también los vínculos de sujeción y dependencia de sus pueblos. Este es el sentir de todo hombre justo y la opinión de los verdaderos sabios. (1977: 69)

Por otro lado, incorpora elementos propios del incaísmo como la visión idealizada y pacífica del Imperio Incario que nos remite sin duda a los *Comentarios reales* (1609), del Inca Garcilaso de la Vega: “Sabén, en fin, que

⁹ Se refiere al concepto acuñado por Antonio Cornejo Polar para referirse a aquellas literaturas en las que uno de los elementos de la situación comunicativa corresponde a un universo sociodiscursivo diferente. Si bien el crítico peruano está pensando inicialmente en el caso indigenista cuando formula este concepto, cabe señalar que dedica varios trabajos al siglo XIX. Entre ellos, podemos mencionar la relevancia de la producción de Mariano Melgar como poeta de la emancipación, como también novelas posteriores enmarcadas dentro de los proyectos fundacionales.

estos monarcas descienden igualmente que tú, de infinitos reyes, y que bajo de su dominio disfrutaban perfectamente sus vasallos de una paz inalterable” (1977: 66). En este sentido, recordemos que la producción garcilasiana en el escenario colonial ha sido leída por la crítica en términos de “protonacionalidad”: el Inca enaltece la figura del Incario y reconfigura por medio de la filología su autoridad como traductor y conocedor de la cultura andina, a fin de reposicionar a las élites cusqueñas dentro del nuevo orden colonial. Así construye un discurso que exalta la armonía y el mestizaje, base de los proyectos fundacionales de las naciones que se desarrollarán en el siglo XIX.¹⁰ Además, esta misma exaltación de la figura del Inca subyace en la propuesta de una monarquía incaica en el pensamiento tanto de Monteagudo como de San Martín.

Vemos cómo el incaísmo se imprime en la figura enaltecida de un Atahualpa que gana la partida argumentativa frente a un ausente y derrotado Fernando VII quien, a lo largo del diálogo, va quedándose sin justificaciones. De este modo, Atahualpa demuestra la usurpación y los crímenes cometidos por la codicia de los españoles en el suelo americano a partir de una hábil analogía con la usurpación francesa de Napoleón Bonaparte, legitimando así los propósitos libertarios de las colonias. Además, hay en la progresión de este argumento, con el que se construye el conocido “silogismo de Chuquisaca”, una clara remisión al discurso lascasiano: denuncia los vejámenes de la conquista esbozando la crueldad y ambición de los españoles, que no actúan cristianamente, frente a la bondad y mansedumbre de los indios, quienes sí tendrían condiciones para ser buenos cristianos:

I: —Comparad, pues, ahora tu suerte con la mía, la conquista de tu península con la del Nuevo Mundo, y la conducta del francés en España con la del español en América. Consultad digo, las historias sobre las escenas que se han visto en el peruano y mexicano suelo, y verás manifiestamente que dicen que en el momento en que dio noticia Colón del descubrimiento de la fertilidad de la nueva tierra y sus riquezas, empezó a hervir la codicia en el corazón avaro de los estúpidos españoles, que atravesando inmensos mares se trasmigran en tumultos a las Indias. Aquí saben que los americanos son unos hombres tímidos y sencillos, pero advierten al mismo tiempo que, aunque incultos y salvajes, son muy pocos los misantrópicos, y que los más viven reunidos en sociedad; que tienen sus soberanos a quienes obedecen con amor, y que cumplen con puntualidad sus órdenes y decretos. [...]
Por todas partes corren ríos inmensos de sangre inocente; en todas partes se encuentran millares de cadáveres, desdichadas víctimas de la ferocidad española. (1977: 65-66)

Recordemos que el argumento lascasiano, si bien evidencia una clara defensa de los sectores indígenas, no cambia los propósitos universalistas de la conquista;

¹⁰ Para estas cuestiones, remitirse a los ineludibles referentes de los estudios andinos: *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas* (1994), de Antonio Cornejo Polar; y *La literatura peruana en el periodo de estabilización colonial* (2000), de Carlos García Bedoya.

al contrario, los reafirma de otro modo.¹¹ Asimismo, si bien Monteagudo se opuso a los sectores más elitistas y conservadores de los hombres de la emancipación, lo que queda en claro cuando aboga por la abolición de los tributos indígenas y la supresión de los títulos de nobleza, no deja de pertenecer al sector criollo desde donde se diseña el proyecto de nación. Atendiendo a este aspecto debemos interrogarnos acerca de la proclama, es decir, aquella segunda parte del diálogo entre sombras en la que el Inca, ya victorioso en sus argumentos, cambia de destinatario y arenga a los “habitantes del Perú” y a sus “paisanos” para librarse de la dependencia metropolitana:

Quebrantad las terribles cadenas de la esclavitud y empezad a disfrutar de los deliciosos encantos de la independencia. Sí, paisanos, vuestra causa es justa, equitativos vuestros designios. Reuníos pues, corred a dar principio a la gran obra de vivir independientes. [...] Revestíos de entusiasmo y publicando vuestra libertad, seréis todos dichosos y el espectáculo de una felicidad será envidiable en el universo entero. (1977: 71)

Este cierre no debe pasar inadvertido: efectivamente, los hombres ilustrados de la emancipación requerían del respaldo de la plebe para concretar sus propósitos. Necesitaban de aquellas fuerzas revolucionarias que fueron los cholos en las revueltas de Chuquisaca: artesanos mestizos, sirvientes, comerciantes, sastres, tejedores, pintores y zapateros, que eventualmente se agruparon en milicias. Los historiadores advierten que debemos desmontar algunos prejuicios: por un lado, una visión idealizada del pasado que le otorga todo el mérito a la acción de la Universidad y a los hombres ilustrados a los que se los considera como “héroes”; por otro, el menosprecio que recibe el rol de una plebe que es denigrada o ignorada en sus motivaciones y su relevancia.¹² Ciertamente es que la proclama de Monteagudo, a través de la voz ficcional del Inca, da cuenta del reclutamiento de los sectores plebeyos, sin los que no hubieran sido posibles los sucesos del mayo revolucionario charquino. En síntesis, la Universidad intervino en el proceso emancipatorio propiciando la emergencia de los sucesos de mayo de 1809 y de los actores o líderes de la emancipación que buscaron el acompañamiento de sectores marginales que de seguro poseían sus propios intereses.

Los huesos que hablan

“Los muertos perdemos el hilo del tiempo y el devenir de la memoria”, dicen los huesos del letrado de la emancipación al forense, su anacrónico interlocutor; cita que nos permite hilvanar el diálogo de sombras con el de los huesos en el tapiz del relato de la historia nacional. La novela de Rosenzvaig se organiza en tres apartados en los que, a su vez, se hilvanan otros dos tiempos reunidos en

¹¹ “Así, la primera impresión de *Las Casas*, que es acertada, se ve neutralizada porque está convencido de la universalidad del espíritu cristiano: si esa gente es indiferente a la riqueza, es porque tiene una moral cristiana” (Todorov: 2003: 201).

¹² Remitirse a “La Universidad de San Francisco Xavier en los sucesos de 1809 en el Alto Perú”, de Javier Mendoza Pizarro, citado en bibliografía.

una escena dantesca: por un lado, el pasado de la emancipación cuando transcurre la vida de Monteagudo en el siglo XIX y, por otro, el presente de don Pascasio Romero, el médico que realiza la autopsia, durante el marco del Centenario de la Independencia en Argentina y durante los ecos de la revolución bolchevique.

La novela adquiere un registro policial por partes, pues empieza reconstruyendo la noche del homicidio de Monteagudo, de quien se conoce a los ejecutores, pero no a los responsables intelectuales. De allí, se traza una enmarañada red de relaciones y venganzas, asesinatos y envenenamientos, espías y delatores, que atrapan al lector de una NNH que incorpora la figura del detective, compartida en partes por Bolívar y en partes por los mismos lectores en un juego de conjeturas e hipótesis:

El miedo hizo que se presentaran como doscientos. Juan Improbacio observaba a uno por uno junto al alcalde y dos funcionarios auxiliares. Ya habían censado como a ciento cincuenta cuando apareció un negro alto, fornido y temeroso. Cuando lo vio al barbero presintió la celada y quiso huir, fue entonces cuando resultó apresado. Lo llevaron para que lo investigara el mismo Bolívar. El negro no creyó en el perdón a cambio del nombre del instigador, pero finalmente cantó el nombre. Bolívar lo mantuvo en silencio. Jamás habló sobre el asunto. El negro fue perdonado y Bolívar silenciosamente preparó la venganza. Puede que el general le haya dicho: mataste al hombre que decretó la libertad de vientres, y de seguro el negro lloró. (2016: 120)

A través de este recurso narrativo, la novela que engarza reflexiones filosóficas, consideraciones sobre la vida y la muerte, configura el clima de la época y retoma las relaciones políticas que confrontaban distintos proyectos de nación. Por ejemplo, la enemistad con Sánchez Carrión, presunto instigador del asesinato de Monteagudo, y su misteriosa muerte asociada con un envenenamiento. También es el caso del pedido de Pueyrredón para que indaguen la ascendencia del letrado tucumano e, incluso, la ambigua y compleja relación con el mismo Simón Bolívar.

Asimismo, junto con el registro dramático figurado en el diálogo durante el lento navegar de las almas y junto al registro policial, la NNH incorpora reflexiones en torno a la tarea historiográfica y a la consideración de la historia como un relato: “Tantas cosas pudieron haber pasado en el despacho del general, incluso que nada de lo que cuento sea cierto. Pero la historia se construye así, con los retazos, así se edifica un rompecabezas que nunca acaba” (2016: 120).

En ese viaje hacia el lugar de los muertos, Monteagudo se confiesa con Romero, quien toma nota en su cuaderno antes de su propia muerte, revelando la convulsionada vida de un hombre que desnuda su intimidad, sus enemistades, sus crímenes, sus deseos, su sexualidad. Se trata de un interesante proceso de desmitificación de las impolutas figuras heroicas que se humanizan y muestran en toda su complejidad: “Sé que mi intención será siempre un problema para unos, mi conducta un escándalo para otros y mis esfuerzos una prueba de heroísmo en el concepto de algunos” (2016: 73).

Así, el relato de los huesos confiesa sus amoríos y sus pasiones, ahondando en su vida sexual. En esa intimidad desnudada, la novela vuelve sobre personajes femeninos fuertes de la Independencia como María Abascal, la mulata que enloquecía a Monteagudo; o Manuela Sáenz de Thorne, la mujer que se rebeló contra las convenciones epocales abandonando a su marido para acompañar a Simón Bolívar, que discutía con el Libertador y daba órdenes a los soldados. María Rosa Lojo señala precisamente que, entre los rasgos de la Nueva Novela Histórica, se hallan este giro hacia la intimidad, como también se realza la subjetividad de mujeres y de sectores subalternos, como los indígenas y los afrodescendientes, quienes pierden el anonimato y traspasan al ámbito de lo público.

Lo que en el diálogo de sombras fue incaísmo y proyecto de una monarquía incaica para los hombres de la emancipación, en la novela contemporánea se convierte en una reflexión sobre la alteridad que perfila la figura de un Monteagudo opuesto a las elites criollas y simpatizante de los sectores subalternos:

[...] simplemente era una manera de amordazar lenguas aristócratas. Ellos me odiaban y me odiarán. Los señoritos desprecian a los indígenas, a los negros, temen a la monarquía incaica y no soportan las mentes iluminadas que no provengan de la aristocracia, sea esta porteña o limeña. Nada las diferencia. Ellos dicen que lo primero es pensar en la patria, y después convencerse de que los indios son personas. Yo creo que lo primero, para ellos, son sus comercios y sus tierras. [...] Ningún criollo va a rezar a Viracocha, pero tampoco obligaremos a los aborígenes a pertenecer a Cristo. No lo pueden entender, para ellos los aborígenes no son personas, tampoco los negros, son cosas que pueden intercambiarse o venderse. (2016: 75)

En este caso, la cuestión de la alteridad esbozada en una elite criolla decimonónica que se contrapone a la plebe se actualiza en el presente de Pascasio Romero cuando este enuncia el proyecto de país al que adscribe. Aquella nación, que fue proyectada por los hombres del siglo XIX e inscrita en el paradigma civilizatorio, encuentra sus ecos en un Centenario acechado por el comunismo y la extranjería. Estas condiciones últimas —el comunismo y la extranjería— se hallan representadas en Beatriz, la bibliotecaria de quien casualmente (o no) el forense está enamorado:

...mi argumento giraba en torno a que la Argentina era una familia que debía prohibir la entrada del extranjero y del ladrón, y que a este último era necesario cortarle las manos. Con un batallón de buenos cirujanos experto en muñones, le juro que este país salía adelante. ¿Acaso los judíos no crearon la ley del Talión?

Creo que no.

Bueno, no importa. Le cuento que la mañana del 11 de octubre, encontré a Beatriz furiosa porque Yrigoyen terminaba de instituir el Día de la Raza. Estaba más hermosa que nunca. Ella me explicó que era una jornada de bochorno histórico. Yo traté de hacerle entender que gracias a los españoles nosotros no tendríamos religión y desarrollo.

Ella no me escuchó y continuó con una sarta de maldiciones al gobierno, hice entonces como que la escuchaba y me quedé embelesado mirándola. Beatriz es una inmigrante, italiana, y tiene el cabello largo de una jovencita y un cuerpo bien renacentista. Las ideas las heredó de sus padres, anarquistas los dos, y ella, según lo que intuyo, es una bolchevique rabiosa. (2016: 91, cursivas del original)¹³

El interés por la alteridad (criollos vs. indígenas y afros, y argentinos vs. extranjeros) se actualiza en el nuevo milenio en el marco del Bicentenario y la configuración de una Segunda República. En estos tiempos, se evidencia la crudeza y la violencia de una nación con pretensiones elitistas y de blanqueamiento que reacciona ante el avance o la inclusión de los sectores subalternos, como lo sugiere la referencia a la ascendencia afro de Monteagudo o el rechazo a la extranjería de Romero. Estos debates recrudecieron durante los últimos años en Argentina y han llegado, incluso, a expresarse en modificaciones de las leyes migratorias.

En una crónica publicada en *Revista Anfibia*, a propósito de la implementación del Decreto de Necesidad de Urgencia n° 70/2017 del Gobierno nacional argentino, cuya reforma consiste en que cualquier extranjero puede ser deportado por cualquier minucia —procedimiento de expulsión que generaliza la detención y dificulta el acceso a la defensa pública—, dicen Ana Fornaro y María Inés Pacea:

La idea de combatir a los migrantes con cárcel o expulsiones no es original. Hoy, como siempre, estas ideas van de la mano de un vocabulario bélico o de purificación que no escudriña la nacionalidad: están los puros y están los malvados. Pero si el malvado es extranjero, se le aplica una regla distinta que al malvado nacional porque, al final, lo que define es la sangre, la xenofobia. (2017: en línea)

De hecho, los huesos le advierten al médico forense la actualidad del problema: “1917, ¿no le dije? / Al parecer pasaron cien años y no veo que haya cambiado algo” (2016: 28).

A modo de conclusión: curiosear la sangre

¿De qué modo se resignifican la figura y los planteos decimonónicos del *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII...* de Monteagudo en una novela producida en el contexto del Bicentenario de la Independencia? Lo hemos delineado: el debate en torno al mestizaje, la inclusión de sectores más vulnerables y la extranjería resultan, no a simple vista, una de las constantes en una novela que recurre a la dramaturgia y al intertexto de la *Divina Comedia* de Dante para hablarnos de un presente convulsionado por la extranjería. En efecto, estamos frente a otro tipo de dependencia colonial. Es este, por supuesto, un tema tan antiguo como actual, no exclusivo de la contemporaneidad argentina o latinoamericana, del que se han ocupado los

¹³ La cursiva corresponde al texto original y marca la voz del forense.

intelectuales de nuestro tiempo. Pienso, por ejemplo, en ensayos publicados en los últimos tiempos como *El miedo a los bárbaros* (2008), de Tzvetan Todorov; y *Extraños llamando a la puerta* (2016), de Zygmunt Bauman.

María Rosa Lojo, al trazar la evolución de la Novela Histórica argentina desde el Romanticismo hasta el presente, explica que, a diferencia de los romances fundacionales latinoamericanos de los que habla Doris Sommers, la novela argentina no vuelve sobre la cuestión del mestizaje fundacional de las identidades nacionales, salvo en el caso de algunas narrativas, marginales al canon, escritas por mujeres. Agrega que lo que marca la distinción en el sistema literario argentino es la conciencia de la Historia como un “relato” y la novela histórica como una “versión alternativa” que introduce las voces silenciadas. Además, en el caso de la Novela Histórica de este nuevo milenio, nos enfrentamos a la desmitificación de los héroes, pues accedemos a la construcción de hombres en su intimidad, su sexualidad y su corporalidad. También aparece la subjetividad de mujeres y de grupos subalternos, ya sean de clase o de etnia.

En efecto, la novela de Rosenzvaig podría inscribirse dentro del panorama esbozado por Lojo, sobre todo en lo que refiere a la desmitificación de los héroes y el ingreso, por medio de la ficción, al ámbito de lo privado. También hallamos reflexiones historiográficas y la configuración de mujeres poco convencionales. Por otra parte, esta sí podría considerarse una novela que retoma, aunque en apariencias de modo tangencial o anecdótico, la cuestión del mestizaje. Pareciera que las narrativas argentinas durante muchísimo tiempo han omitido los procesos de mestizaje y de hibridación tratando de configurar una identidad nacional compacta, deudora del criollismo y negadora de las ascendencias indígenas y afros. Es este el centro de la discusión durante el siglo XIX, en el clima emancipatorio, como lo es también durante una contemporaneidad en la que se modifican las leyes migratorias. Quizás así adquieren sentido las palabras de los huesos cuando dicen: “Me irritaba y aún me irrita la pesquisa que Pueyrredón tendió para curiosear mi sangre [...] Nunca oculté mi origen, pero tampoco me floreé con él” (2016: 74).

BIBLIOGRAFÍA

- ALTUNA, Elena (2004), “Monteagudo en sus escritos y en sus imágenes”, en Alicia Chibán (coord.), *El Archivo de la Independencia y la Ficción Contemporánea*. Salta, CIUNSa, pp. 341-383.
- ANDERSON, Benedict (1993), *Comunidades imaginadas*, Buenos Aires, FCE.
- CORDEU, Mora (2016), “El tucumano Marcos Rosenzvaig recrea desde la ficción a ‘Monteagudo’”, *Télam*. Consultado en <<http://www.telam.com.ar/notas/201602/136771-rosenzvaig--ficcione-monteagudo-literatura-libro-lanzamiento.php>> (15/09/2017).
- DAMIANI, Marcelo y QUINTANA, Marsolaire (2016), “Monteagudo combatió a una oligarquía que despreciaba la idea de una monarquía incaica”, *La Gaceta*, 08 de mayo de 2016. Consultado en <<http://www.lagaceta.com.ar/nota/681018/la-gaceta->

- literaria/monteagudo-combatio-oligarquia-miraba-desprecio-idea-monarquía-incaica.html> (16/08/2017).
- FLAWIÁ DE FERNÁNDEZ, Nilda (2009), “Utopías y argumentaciones por las luchas por la independencia: *Diálogo entre Fernando VII y Atahualpa de Bernardo de Monteagudo*”, en Amelia Royo (comp.), *De la región vivida a la Patria Grande (In Memoriam de Alicia Chibán)*. Salta, Universidad Nacional de Salta, pp. 125-136.
- FORNARO, Ana y PACECCA, María Inés (2017), “La nueva legislación sobre extranjería. El buen migrante”, *Revista Anfibia*. Consultado en <<http://www.revistaanfibia.com/cronica/el-buen-migrante/>> (1/08/2017).
- HORNE, Luz (2011), *Literaturas reales. Transformaciones del realismo en la narrativa latinoamericana contemporánea*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- LOJO, Rosa (2013), “La novela histórica en la Argentina, del romanticismo a la posmodernidad”, *Cuadernos del CILHA*, vol. 14 n.º 19, pp. 38-66. Consultado en <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-96152013000200004> (15/ 08/ 2017).
- MENDOZA PIZARRO, Javier, (2009), “La Universidad de San Francisco Xavier en los sucesos de 1809 en el Alto Perú”. Consultado en: <http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2077-33232009000200002> (10/09/2017).
- MONTEAGUDO, Bernardo de (1977), “Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos”, en *Pensamiento político de la emancipación*. Selección, notas y cronología de José Luis Romero. Caracas, Ayacucho, pp. 64-71.
- MONTOYA, Pablo (2009), “Introducción”, en *Novela Histórica en Colombia 1988-2008. Entre la pompa y el fracaso*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquía, pp. IX-XVI.
- MUNILLA, Nicolás (2016), “(Re)descifrando a Monteagudo”, *Rev. MDZ*, 17 de marzo de 2016. Consultado en <<http://www.mdzol.com/nota/662212-redescifrando-a-monteagudo/>> (18/08/2017).
- PIZARRO, Ana (1984), *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires, CEAL.
- POPE, Randolph (2006), “La novela hispanoamericana desde 1950 a 1975”, en Roberto González Echeverría y Enrique Pupo-Walker (eds.), *Historia de la literatura hispanoamericana II. Siglo XX*. Madrid, Gredos, pp 244-317.
- ROJAS MIX, Miguel (2008), “La cultura hispanoamericana del siglo XIX”, en Luis Íñigo Madrigal, *Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo II. Del neoclasicismo al modernismo*. Madrid, Cátedra, pp. 55-74.
- ROMERO, José Luis (1977), “Prólogo” en *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825). Tomo I*. Caracas, Ayacucho, pp. IX-XLIII.
- ROSENZVAIG, Marcos (2016), *Monteagudo. Anatomía de una revolución*. Buenos Aires, Alfaguara.
- SUÁREZ, Patricia (2016), “Una revolución en 206 huesos”, *Clarín- Revista Ñ*, 12 de mayo de 2016. Consultado en

<https://www.clarin.com/resenas/revolucion-huesos_0_Hkcbao_w7g.html> (16/08/2017).

TODOROV, Tzvetan (2003), *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires, Siglo XXI.